


UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, COAH.

COMPENDIO
DE
HISTORIA GENERAL.

INTRODUCCION.

I.—LA HISTORIA.

ISTORIA, en el sentido más amplio y completo de la palabra, es toda serie de hechos ó fenómenos verificados en el espacio y en el tiempo. La «historia natural.» por ejemplo, es la serie de hechos relativos á la Naturaleza; la «historia de la humanidad» será, pues, la serie ordenada de los hechos verificados por el hombre, en los diversos períodos de su civilización. Mas, la historia, tal como es comprendida actualmente, no es ya la narración pura, fiel y más ó menos interesante de los hechos humanos, sino que entraña el análisis y comprobación de estos hechos, su filiación de causa á efecto, y su importancia en el desarrollo sucesivo de la civilización, conforme á la ley primordial é incontrastable del progreso.

La historia ha dejado de ser leyenda y ficción poética, para convertirse, pasando por la conjetura probable y la hipótesis, en verdadera ciencia; ha dejado de ser objeto de agrado y entretenimiento, para constituir un estudio de útiles y trascendentales enseñanzas. Pero para llegar al punto en que hoy la encontramos, la historia ha debido pasar por diversas formas ó períodos, correspondientes á otras tantas etapas de la civilización: el período fabuloso ó legendario; el dramático ó poético, y el científico ó positivo actual. Anteriormente á estos, sólo hallamos el gran período *prehistórico*, enteramente cubierto, hasta hace poco, de sombras, y que hoy la ciencia procura dilucidar.

La historia propiamente dicha, la historia como narración más ó menos fiel, y más ó menos interesante, de

los hechos humanos, no comienza, en efecto, sino cuando existen relatos auténticos de personas bien informadas y capaces de transmitir oralmente ó por escrito sus impresiones, sentimientos é ideas; lo que acusa claramente un grado superior de civilización. Este período no es el mismo para los distintos pueblos, pues la civilización de las razas y las naciones ha sido muy desigual é irregular: en el Egipto comienza como 3,000 años antes de Jesucristo; en Grecia, como 800; en Alemania, en el siglo I de la Era Cristiana, y en el Anáhuac, del siglo VII al VIII.

Antes de estas épocas, llamadas con relativa propiedad *históricas*, variables según los distintos pueblos, la historia se reduce á conjeturas é hipótesis, más ó menos fundadas; pero que presentan sobre las antiguas leyendas un sentido más práctico y positivo, y más en armonía con lo que sabemos de la historia natural del hombre y del planeta que habitamos. Para convencerse de esto, basta describir las cuatro formas de la historia de que se ha hablado.

II.—Forma conjetural ó hipotética.

ESTA forma de la historia es la de origen más reciente, llegando en nuestro tiempo á constituir una verdadera ciencia: la *Arqueología prehistórica*, ciencia que cuenta ya para ahora con numerosos hechos.

Entre los años de 1,841 y 1,853, *Boucher de Perthes* encontró en el valle del *Soma*, y á una profundidad de seis metros, varios instrumentos de piedra, mezclados con huesos de bueyes, ciervos y elefantes. Luego fueron hallados en Inglaterra y otros países miles de objetos semejantes, y siempre en terrenos de *casquiño*, como en Francia. Pronto la burla de que había sido objeto tal descubrimiento, se tornó en admiración, pues que el gran observador había abierto sin pensarlo un nuevo camino á las investigaciones históricas, y ya para la siguiente década quedaba constituida la *nueva ciencia*. Un sencillo y convincente razonamiento con-

dujo entonces á deshacer la poética *leyenda del origen del hombre*. En efecto: si los terrenos de *casquiño*, en los cuales fueron encontrados aquellos toscos instrumentos (al parecer fabricados por los habitantes primitivos de Europa), se han formado con la misma lentitud con que se forman actualmente, serían necesarios 200,000 años para constituir las capas superiores de arcilla, *casquiño* y *marga* que los cubren. Lo que vino á dar fuerza concluyente al anterior razonamiento, fué el hallazgo de huesos pertenecientes al esqueleto humano, no quedando, de este modo duda alguna acerca de la existencia del hombre en el suelo de la Europa, en épocas remotísimas y desconocidas.

La vía quedaba abierta: nuevos investigadores se lanzaron en élla, con todo el ardor que inspira el misterio de lo desconocido: pronto descubrieron señales aún más patentes de la existencia del *hombre prehistórico* en multitud de *cavernas*, verdaderas habitaciones, convertidas luego en sepulcros. Casi siempre se hallan estos lúgubres *hogares* del hombre primitivo, adyacentes á los grandes ríos, en sus riberas rocallosas. Contienen armas de piedra: hachas y cuchillos, puntas de lanza y flecha; utensilios diversos, como arpones y agujas de hueso. Mezclados á éstos, y en confusión revueltos, se encuentran huesos de rinoceronte, *oso de las cavernas*, mamut, alce, reno, y muchas especies que desaparecieron de la Europa central desde hace mucho tiempo, en épocas prehistóricas. Estos pueblos, según lo muestran los objetos encontrados, vivían de la caza y de la pesca, como los esquimales; sabían trabajar el pederrial y hacer fuego, conocían el ciervo, el buey, el caballo, la liebre y el salmón, y hasta dibujaban en huesos y en marfil, ya un combate de animales, ya la figura de los que conocían.

El año de 1,854 fueron descubiertas las aldeas ó *ciudades lacustres*, llamadas así por estar sepultadas en las riberas de los lagos. Al bajar el agua, hallaron los ribereños gruesos troncos de árboles clavados por la punta en el fondo del lago de Zurich, y en su parte superior unas plataformas de madera, con sus casas y tabiques de tierra. Hay en éstas, huesos de ciervo, jabalí y alce, juntamente con los de buey, cabra, carnero y perro. Los habitantes de estas aldeas conocían el trigo, lo molían y hacían pan; tejían lienzo de cáñamo, y fabrica-

ban vasos de tierra mal cocida. Sus cuchillos y flechas de pedernal son muy semejantes á estos mismos instrumentos que se hallan junto á los restos del hombre de las cavernas; pero las hachas son de piedra *pulimentada*, mucho más duras que las de piedra sin pulimentar, con lo cual basta para colocar al habitante de las aldeas lacustres en situación muy superior respecto del de las cavernas.

Multitud de enormes monumentos, formados por grandes piedras sin labrar, que cubren el suelo de casi todos los países donde hoy brilla la civilización moderna, son indicio de la existencia de razas y pueblos, cuyas vicisitudes se ignoran. Unas veces consisten estos monumentos en una enorme laja colocada encima de dos ó más clavadas en el suelo; otras, en un círculo de grandes rocas, ó dispuestas en hileras. Los hay, en fin, que representan montículos, verdaderos sepulcros en forma de colinas, en cuyo interior se encuentran varios esqueletos humanos, y al lado de éstos, armas, vasos y objetos de adorno. Las armas son de piedra pulimentada; los vasos de tierra cocida, muy sencillos, sin asas y sin gollete; los adornos consisten en cuentas, conchas y collares de hueso ó de marfil. En los túmulos de la Europa central, no se encuentran con los anteriores objetos los huesos de reno, cuya presencia es constante en los monumentos anteriores, lo cual es un indicio claro de que esta civilización es posterior á la de las ciudades lacustres.

Hay, también, monumentos, túmulos, pirámides, catacumbas, etc., en que junto á cadáveres, más ó menos bien conservados, se encuentran instrumentos de trabajo, adornos y armas de metal. Pertenecen ya á la época histórica. Y es que desde el momento en que el hombre aprendió á extraer y batir los metales, entró de lleno en la vía de la civilización. Primero se sirvió del cobre, que es más fácil de trabajar, puesto que se bate en frío; después, del hierro, cuyos procedimientos para la extracción y aprovechamiento son más complicados y difíciles, y suponen, en consecuencia, mayor adelanto. Pronto se convenció de que el cobre es demasiado blando, y constituyó por su mezcla con estaño el bronce, cuyo uso marca una grande época histórica, que sirvió de eslabón entre los tiempos prehistóricos y los más remotos orígenes de la civilización actual.

Conforme á los hechos apuntados anteriormente, la *Arqueología* divide la serie de los siglos en cuatro Edades:

1. ∞ — Edad de piedra labrada, ó sin pulimentar.
2. ∞ — Edad de piedra pulimentada.
3. ∞ — Edad de bronce.
4. ∞ — Edad de hierro.

Estas Edades son muy desiguales en su extensión: se cree, así, que la edad de piedra simplemente labrada duró cien veces más que cualquiera de las otras. Queda, sin embargo, demostrado que los pueblos y las razas, abandonados á sí mismos, han debido pasar sucesivamente por ellas, aunque no en momentos simultáneos. La razón es clara: unos pueblos se adelantaron á otros, por mayor perfección orgánica, mayores aptitudes y mejor apropiación del *medio*. Así, cuando los egipcios empleaban el hierro, los griegos se servían del bronce; y en los demás países, de la piedra simplemente labrada ó con pulimento. Hoy mismo, hay salvajes en Australia que emplean la piedra sin pulimentar. Por otra parte, las conquistas, los descubrimientos geográficos, el contacto y comunicación de unos pueblos más civilizados con los que lo están menos, han permitido que algunos salten, digamos así, por una ó dos *Edades* para llegar á la que hoy representa el mayor progreso.

A pesar de todos los puntos oscuros que la modernísima ciencia de la *Arqueología* nos ofrece; á pesar de que se ignora cuánto duró cada *Edad*, cuándo empezaron y cuándo concluyeron en las distintas partes del mundo, como se ignora el proceso sucesivo de estas *Edades*; á pesar de todo esto, decimos, resultan tres cuestiones, por lo menos, fuera de duda:

1. ∞ — Que el hombre es muy antiguo en la tierra, pues que conoció el *mamut* y el *oso de las cavernas*. Su existencia está probada desde el período cuaternario.
2. ∞ — La humanidad salió lentamente del estado salvaje para elevarse al punto en que hoy la vemos; poco á poco perfeccionó sus armas, utensilios y adornos, desde el hacha de pedernal, la aguja de hueso y el collar de dientes de oso, hasta la espada, la aguja de acero y las alhajas de oro.
3. ∞ — El hombre realizó cada vez progresos más rápidos. Las nuevas *Edades* fueron siempre más cortas que las anteriores.

III.—Forma Epica ó Legendaria.

SE ha dicho ya que la *historia* sólo empezó á serlo desde que hubo hombres bien informados, capaces de relatar los sucesos de que fueron testigos, y esto, como es de suponerse, no pudo verificarse sino hasta que la civilización alcanzó cierto grado de adelanto. Esto no tuvo lugar en la Edad de *pedra*, sino hasta la de *bronce* y principios de la de *hierro*. Apareció entonces el *escrito*, primero en forma de *inscripción*, luego en forma de *libro*. Pero es claro que tal cosa no pudo hacerse violentamente, y fué necesario que transcurriera un período, lleno de sombras, variable en los distintos pueblos, pero permanente y característico en todos ellos. Los sucesos eran transmitidos oralmente de generación en generación, naturalmente desfigurados por la imaginación viva y escasa cultura de pueblos apenas nacidos á la vida intelectual. Las *leyendas* sobre el origen de los pueblos y sobre la significación é importancia de sus antecesores, que convierten en héroes y semidioses, crían cuerpo, se multiplican y adquieren fuerza y belleza. Los poetas se apoderan de ellas, las consignan en sus estrofas impregnadas con el mágico encanto del sentimiento, y aparecen las primitivas *cosmogonías*, y las fábulas acerca del origen del hombre, sus hazañas y misterioso destino.

Brillante época, pero cuanto brillante, desnuda de toda verdad; época que se repite en todos los pueblos, y que hoy no tiene más importancia que como indicio para determinar el carácter, tendencias y sentimientos é ideas de un pueblo ó de una raza. Es epopeya, más que historia.

Todos los pueblos de la antigüedad (y muchos, más próximos á nosotros), en cierto período ó momento de su desarrollo progresivo, han tenido estas leyendas. Mas en ninguno adquirieron, como en el pueblo griego, una importancia y un valor superiores en cierto aspecto á la misma historia. Y es que en ellas encarnó este pueblo su sensibilidad exquisita y su temperamento de artista. Sus reyes y sus héroes son dioses ó semidioses: la expedición de los *Argonautas*, la *guerra de Tebas* y la de *Troya* son episodios semidivinos. Los demás pue-

bls no carecen, sin embargo, de estas leyendas: la fundación de Roma y la historia de sus reyes están sembradas de prodigios; en Asiria, la gran reina *Semíramis* se convirtió en paloma y voló al cielo; en *Escandinavia* sus rudos y sombríos guerreros sueñan en el seno de sus noches eternas con sus *Walkirias*, como el árabe en el ardiente mediodía con sus huríes. Todo es milagro y prodigio en los primitivos tiempos históricos. Y siempre que una conmoción bastante fuerte rompe el hilo de la civilización, tal como sucedió á la caída del imperio romano de Occidente, se repite el mismo fenómeno, y aparecen, como en los tiempos históricos primitivos: las hadas, los mágicos, los encantadores, las hechiceras, los duendes, las hazañas y los milagros.

IV.—Forma Dramática.



MOCO á poco va despojándose la historia de su carácter legendario, épico y fabuloso, para convertirse en narración verdadera y fiel de las acciones humanas, con brillante colorido dramático y bello; pero con la belleza propia de la verdad. El mundo civilizado es un vasto escenario, en que desempeñan su papel personajes principales y secundarios como en un drama ordinario; pero siempre son reyes, príncipes, papas: los grandes, los *señores*; los acontecimientos son siempre ruidosos; lo que brilla: la pompa, el aparato; pero siempre en la superficie, sin penetrar en lo íntimo de la vida de los pueblos. Las instituciones, las costumbres, las religiones, las artes industriales y las artes bellas son, para este período de evolución histórica, como si no fueran: apenas si se digna pasar su mirada arrogante sobre estos objetos de aparente insignificancia, pero que en realidad contienen toda la vida interna y profunda del hombre.

En este período de evolución de la historia, que alcanza en gran parte hasta el presente, están comprendidas las obras maestras de la antigüedad *greco-romana*. A imitación de estos modelos han sido escritas el mayor número de obras modernas de historia; todo es en ellas *teatral* y grandioso: pintura de personajes célebres;

arengas, discursos, ingeniosas respuestas, anécdotas interesantes en boca de los grandes hombres; y el pueblo, y el espíritu mismo de la civilización, oculto allá entre las sombras, formando como el fondo del cuadro, en que sólo aparecen las figuras de locos, ambiciosos y déspotas. La caridad, el amor, la ciencia y el arte, huyen como avergonzados del brillo, del esplendor ficticio prestados á esas figuras decorativas que llenan en su totalidad la historia dramática, la historia tal como ha sido concebida hasta el presente. Tal es la causa de la revolución que en este siglo de la ciencia se ha operado en la historia.

V.—Historia Científica ó positiva.



PARA hacer una ciencia de los estudios históricos, es necesario determinar los hechos, averiguar su autenticidad y naturaleza, sus causas y sus efectos, así como la importancia y significación que puedan tener en la cultura y mejoramiento moral del hombre. Determinar las leyes que rigen los diversos fenómenos sociales bajo la ley primordial y superior del perfeccionamiento indefinido del hombre y del progreso general de la humanidad, parece ser la tarea á que la historia se consagra en nuestro tiempo, de acuerdo con la doctrina rigurosamente científica de la *evolución*.

La historia científica no desecha ninguna de las formas apuntadas anteriormente: ni la *legendaria*, ni la *dramática*, ni menos aún la *conjetural* ó *hipotética*, que es una de sus más brillantes creaciones. No desecha con preocupaciones sistemáticas ninguna de aquellas formas; sino que une y combina los elementos sanos que halla en todas: la *leyenda*, para desentrañar el espíritu y tendencias del pueblo que la creara; los grandes actores, los grandes hechos, las revoluciones, conquistas y catástrofes sociales, los acepta para explicar su enlace y filiación con los sentimientos, costumbres, ideas y creencias; ocurre, en fin, á las *conjeturas* y *suposiciones*, para reconstituir los hechos escapados á la memoria de los hombres, inferir las causas, conjeturar los efectos: para

llenar lo vacíos del *relato*, rectificar lo fabuloso, ratificar lo verdadero, é informar con el recto criterio de la razón la historia entera de la humanidad.

Siguiendo este criterio, la historia estudia los caracteres físicos del hombre, los de las razas y sus principales divisiones (antropología y etnografía), las leyendas y los libros (paleografía), los monumentos (arqueología), las inscripciones (epigrafía), y las lenguas (lingüística). Estas son, en efecto, las *fuentes* de la historia; de ellas brotan y manan los conocimientos que tenemos de los pueblos antiguos y modernos. Breves palabras bastarán para mostrar en síntesis sus datos.

La *antropología* y la *etnografía* muestran las diferencias que separan los diversos grupos humanos, según los caracteres físicos y morales de los hombres que forman estos grupos. Las principales razas son:

1. º—La blanca, que puebla la Europa, el norte de Africa, el oeste de Asia y la mayor parte de América.
2. º—La amarilla, que habita el Asia oriental y una pequeña parte de Europa.
3. º—La negra, que ocupa el Africa central.
4. º—La colorada ó rojiza, de que forman parte los Pielos Rojas que aún subsisten en América.

Cada una de éstas se distingue por la estatura, la forma de los miembros y de la cabeza, los rasgos fisonómicos, el color de los ojos y del pelo, y también por el idioma, la inteligencia y los sentimientos. En lo general, los pueblos civilizados pertenecen á la raza blanca; solo los *chinos*, pueblo de raza amarilla, han llegado por sí mismos á crear una industria, un gobierno y una civilización particular; pero su situación en el remoto Oriente y sus escasas relaciones con los demás países, han impedido que ejerzan en el mundo la influencia que otros países más pequeños han ejercido. Actualmente el Japón, después de sus victorias sobre la China, es el pueblo de raza amarilla más poderoso.

Las primeras civilizaciones se constituyeron por grupos de la raza blanca en los confines de Asia y Africa: los egipcios en el valle del Nilo; los caldeos en las llanuras del Eufrates. No se ha podido determinar la rama étnica á que pertenecieron estos pueblos, de vida sedentaria y pacífica, formados por hombres de cutis obscuro cabellera corta y poblada, y gruesos labios. Los autores los llaman *Kuschitas* y *Camitas*, y todos ad-

miten que con ellos comienza la era histórica de la humanidad. Pero á contar del siglo veinticinco antes de Jesucristo descendieron de las montañas de Asia unas bandas de pastores belicosos, *Aryas* y *Semitas*, que desde entonces hasta el presente no han dejado caer de sus manos «el cetro de la civilización.» Estas dos ramas de la raza blanca tienen los mismos caracteres: cara oval, facciones regulares, cutis claro, cabellera abundante, ojos grandes, labios delgados y nariz recta. Los semitas venían de Armenia; los aryas descendieron de las altas mesetas situadas junto del Himalaya. Unos y otros, que sólo se distinguen por el carácter de la inteligencia, de sus sentimientos y su idioma, formaron, y forman en gran parte, las naciones más civilizadas del globo. A los *Semitas* ó *Semíticos* pertenecen: los *fenicios* y cartagineses, los audaces marinos y ricos comerciantes del mundo antiguo; los *judíos* ó pueblo de la religión, y los *árabes*, activos y pujantes en la guerra. A los *Aryas* ó *Arias* corresponden: los *hindús* ó *indostánicos*, pueblo de las concepciones filosóficas y religiosas; los *griegos*, «creadores del arte y de la ciencia;» los *persas* y *romanos*, pueblos belicosos, activos y políticos, que organizaron los primeros en Oriente, y los segundos en Occidente, los más vastos imperios civilizados de la antigüedad. A los Aryas pertenecen también los *celtas*, *germanos* y *eslavos*, que con las naciones neolatinas, constituyen los pueblos más civilizados actualmente. La historia comienza con los *egipcios* y *caldeos*; pero á partir del año 2,500 antes de Jesucristo, se convierte en relación de los sucesos realizados por los pueblos *semíticos* y *aryas*. Muchos puntos oscuros se encuentran aún en la historia de las razas y de su civilización; pero lo que se sabe basta para constituir ciertas afinidades por medio de la *lingüística*, y dejar probados muchos sucesos ignorados.

Otra fuente de la historia, y sin duda la más importante, es la *paleografía*, ó sea la interpretación de leyendas y libros. De casi todos los pueblos, en efecto, se saben leyendas, y muchos de ellos dejaron libros sagrados, poemas, discursos é historias. Sin embargo, los asirios y fenicios no dejaron ningún libro, y de otros pueblos son escasos y difíciles de interpretar.

En cuanto á los monumentos, hay que recordar su importancia y significación para la historia, que puede

llegar hasta dilucidar mejor que un ~~escrito~~ ^{texto}, que un texto incompleto ó mal interpretado, la naturaleza de una civilización, el adelanto en las artes, las competencias científicas. Los monumentos son de diversas clases: templos, palacios, tumbas, fortalezas, puentes, acueductos, arcos de triunfo, etc. Las pirámides de Egipto, por ejemplo, nos enseñan algo del carácter de aquella sociedad sólidamente constituida, despóticos y pacientísimos; y nos revelan al mismo tiempo sus conocimientos en geometría y en mecánica, y su habilidad arquitectónica. Las de Cholula y Teotihuacán son, buena prueba de las afinidades de raza y de civilización entre dos pueblos que habitan, tal vez al mismo tiempo, los dos extremos del planeta. Los toros coronados de Asiria y de Persépolis, las ruínas soberbias del Partenón, en Grecia, los obeliscos y colosos de Tebas, el Coliseo romano, las ruínas del Palenque, y de Mitla, son monumentos que hablan á los ojos con más claridad y viveza que la historia y la tradición, y que nos enseñan acerca de los pueblos que las levantaron el carácter, el espíritu mismo de sus artes, en cierto modo de sus costumbres, de todo aquello, en fin, que nos muestra incompletamente el libro y la leyenda. Este siglo ha visto resurgir de entre las cenizas una ciudad entera. En el primer siglo de la era cristiana, «el volcán del Vesubio vomitó y lanzó una lluvia de cenizas, sepultando así súbitamente á Pompeya y á Herculano;» ésta, fué destruída enteramente por la lava; aquélla, se conservó intacta bajo la ceniza. A medida que son retiradas las cenizas, Pompeya aparece tal como era hace diez y nueve siglos, con los surcos abiertos en sus calles por las ruedas de los carros, con sus inscripciones, dibujos y pinturas de sus dioses y sus héroes, los muebles y utensilios, monedas y comestibles. Esto ha enseñado algunos hechos relativos á las costumbres romanas, y que pasaron inadvertidos al mismo Tácito, el escritor más concienzudo de la antigüedad.

La *epigrafía*, otra ciencia auxiliar de la historia, se refiere á la interpretación de escritos no contenidos en los libros, sino en los mismos monumentos de que se ha hablado. Unos consisten en placas conmemorativas de grandes hechos de un conquistador ó rey, tal es la inscripción que lleva el monumento de Ancira, en que el emperador Augusto relata la historia de su vida;

otros, son epitafios grabados en las tumbas; las hay, en fin, que son verdaderos carteles, análogos á los bandos modernos que contienen una ley ó reglamento. La mayor parte de estas inscripciones están en idiomas desconocidos hoy enteramente, á excepción del latín, en que están contenidas las inscripciones de las catacumbas, cuyo estudio ha hecho nacer una nueva rama de la historia: la epigrafía cristiana. Para descifrar las inscripciones contenidas en los ladrillos de Babilonia y Nínive en caracteres cuneiformes, y los geroglíficos egipcios, han sido necesarios todo el celo y toda la sagacidad de Rawlinson, Hincks, Opert, Menant, Champollion y Lenormand. Los pueblos y los idiomas han perecido, y sólo por semejanzas remotas con las lenguas conocidas actualmente han podido reconstruir gran parte de la historia, perdida en el seno de tantas ruínas. . . . La epigrafía y la lingüística se dan, pues, la mano, y contribuyen mancomunadamente al esclarecimiento de hechos importantísimos para la historia.

Con estos datos, la historia científica avanza más y más cada día, y aunque permanecen muchos puntos hundidos en el misterio de las primeras edades, hay todavía vastos campos que explorar y nuevos tesoros con que enriquecer la ciencia del hombre. Las conquistas hechas en este terreno, y que no pueden perderse ya, servirán de núcleo y estímulo, á un tiempo mismo, para otras mayores que eleven á su perfección esta ciencia trascendental é importante.

VI.—Grandes Divisiones de la Historia..

FORMADO el concepto de la historia, tal como hoy es comprendida, procede ahora dividirla en un cierto número de épocas, marcadas con el carácter propio, é individual sello que las distingue. La civilización es en cada una de estas épocas uniforme y común para los distintos pueblos, por diversos que sean los sentimientos, ideas, creencias y aspiraciones: diríase que habrían sido fundidos en un mismo molde. Luego viene uno, ó varios, de esos grandes acontecimientos

que cambian la faz de la civilización, y señalan nuevos derroteros al progreso. Entonces, con el cambio operado en las costumbres é ideales de la humanidad, aparece una nueva época en la historia.

Así todos los pueblos de la antigüedad: egipcios, iracaldeos, fenicios, judíos, hindúes, persas, griegos y romanos, á pesar de sus diferencias aparentes y reales, son tan semejantes en sus creencias, instituciones y costumbres, que no es posible separar sus leyendas y su historia, puesto que forman un mismo asunto. En efecto, los dioses de Grecia y Roma tienen su origen en Oriente: el culto del *hogar* en Occidente no es más que el culto tributado al *fuego* (agni), por el indostánico arya, y el culto á la *luz* del pueblo persa. Las instituciones, sean teocracias, como en el Egipto y la Judea, imperios militares, como en Persia, ó repúblicas, como en Grecia y Roma, tienen siempre por base las castas ó la esclavitud. Las costumbres, derivadas de creencias é instituciones comunes, debían ser semejantes en todos estos pueblos desde las riberas del Ganges hasta el Mediterráneo. Por tales razones se ha hecho de esta época una gran división de la historia, con el nombre de *Historia antigua*, y que comprende desde los tiempos más remotos hasta la disolución del *Imperio romano de Occidente*. [476 de J. C].

Con el triunfo definitivo del cristianismo, la invasión de los bárbaros y destrucción del Imperio romano, comienza una nueva faz de la civilización, pues que las creencias, las instituciones y las costumbres cambian radicalmente. Los nuevos pueblos y naciones que forman aquellos rudos habitantes, contienen en germen el progreso moderno. Una nueva creencia, nacida en esa fecunda Asia, tan fértil en creencias portentosas, se apodera del espíritu de los bárbaros y le dirige magistrosamente hacia la independencia y libertad individual. El gobierno convertido en máquina del *Imperio* desaparece en el seno de la transformación que sufren la sociedad y las costumbres: el *esclavo* se convierte en *siervo*, el *funcionario* en *caballero* ó *Señor*. En Oriente, el Imperio bizantino y el árabe conservan el saber antiguo, mientras que el mundo Occidental parece descender á la barbarie. Sin embargo, poco á poco se eleva, con el ejemplo de los árabes y los restos de la civilización antigua, hasta que una serie de inventos y des-

cubrimientos señala una nueva faz de la civilización, comunicando un nuevo impulso al espíritu humano. Este período, mal determinado ciertamente, comprende cerca de mil años [de 476 á 1,453], y se llama propiamente *Edad Media*, porque sirve como de eslabón intermediario entre la historia de los progresos del mundo antiguo y el moderno.

Mas, en ninguna época sufrió la sociedad transformación más radical y profunda que en aquel período memorable en que una serie de inventos y descubrimientos magníficos, revelaron á la conciencia humana su fuerza, y le mostraron nuevos y amplísimos horizontes, en que pudiera moverse libremente. No sólo ya las creencias, las instituciones y las costumbres, variaron en su naturaleza y en sus fines, sino que la misma inteligencia y el sentimiento mismo del hombre, parecen haberse modificado, así como la concepción de la vida. La ciencia se constituye conforme á sus verdaderos fines; el arte se renueva ó renace; la industria y el comercio adquieren ese desarrollo prodigioso, en que envuelven como una faja al planeta, y aumentan el bienestar y las comodidades á proporción que se eleva el espíritu. . . . Y, en verdad que sorprende cuán pocas cosas bastaron para transformar el mundo: «una mezcla de azufre, de salitre y de carbón; una aguja que gira en un plano horizontal; un Imperio que se derrumba en Oriente; una lámina de celulosa en que dejan su huella multitud de signos que obedecen á los giros incontables de la idea y á los innumerables matices del sentimiento; una carabela perdida entre las olas del Atlántico, y que toca, por fin, las playas de un nuevo Continente. . . . El impulso dado en aquella época ha crecido en las siguientes, de manera que cada siglo, y podría decirse que cada año, aumenta el caudal legado por los anteriores, y ensancha el campo de las aplicaciones científicas. La naturaleza aparece cada día más y más dominada por el trabajo inteligente del hombre, y se ve que es más rápido y seguro. Tal es, en síntesis, el carácter dominante que ofrece el último período de la historia, ó sea la *Historia moderna*, que comprende desde mediados del siglo XV hasta el presente. Mas por ser muy importantes los sucesos relativos á la *Revolución francesa*, origen de los gobiernos constitucionales, se ha hecho una división de la *Historia moderna*, en *moderna*, propiamente

te dicha, y *contemporánea*: la primera relata las vicisitudes de los pueblos modernos desde la caída del Imperio de Constantinopla hasta la *Revolución*; la segunda, se refiere principalmente al siglo XIX.